

tando mucho zelo contra sus defectos, no manifiestan bastante compasion de sus flaquezas; con el pretexto de no perdonar al vicio, no perdonan tampoco al pecador; en sus reprehensiones muchas veces parece que mas intentan alabar sus virtudes propias, que compadecerse de los desordenes que reprehenden; y haciendo odiosa la virtud á los pecadores, hacen que la verdad parezca estar vestida de todos los defectos que solamente son propios de ellos mismos.

De esto proviene, finalmente, que nuestras reconciliaciones con nuestros enemigos casi nunca son sinceras, porque no es la caridad quien las forma. Nos tratamos, pero no nos amamos; se restablece la correspondencia, pero los sentimientos siempre son los mismos; se juntan las personas, pero los corazones siempre permanecen separados; son distintas las exterioridades, pero el interior siempre es el mismo; el aborrecimiento se viste de las apariencias de la caridad; se contiene, pero no se apaga; nos tributamos mutuos respetos, pero no el amor, sin el que todo lo demas nada vale; añadimos al delito del rencor el del disfraz y la impostura; y muchas veces, aunque tenemos de nuestra parte la razon y la verdad, no por eso somos menos culpados en la presencia de Dios, porque no tenemos la caridad que todo lo sufre, y de la que siempre somos deudores á nuestros próximos.

Estas son las instrucciones que hoy nos dá el generoso Martyr cuya solemnidad nos junta en este santo lugar: la verdad halló en él un defensor ilustrado, un defensor intrépido, y un defensor caritativo y afable. ¡Que consuelo para vosotros, Católicos, es hallar todas estas prendas en el Pastor fiel que el Señor os ha suscitado en su misericordia! esto es, hallar un Doctór sabio que os instruya, un ministro recto que os corrija, y un padre amoroso que os socorra y consuele en vuestro trabajos, y os facilite á todos los caminos de la vida eterna. *Amea.*

SER-

S E R M O N

PARA EL DIA DE SANTO TOMÁS

D E A Q U I N O.

Paravit cor suum ut investigaret legem Domini, & faceret, & doceret in Israel præceptum, & juaicium.

Dispuso su corazon para indagar la ley del Señor; practicó, y enseñó en Israel sus preceptos, y sus ordenes.

Este es el elogio que de Esdras hace el Espiritu Santo en el capitulo septimo del libro primero de su historia.

NO hay cosa de mas consuelo, Católicos, que el registrar con los ojos de la fé los caminos de la providencia en el gobierno de la Iglesia. ¿A cuántos arbitrios no ha recurrido su bondad, para impedir el que las puertas del infierno no prevalezcan contra esta santa Ciudad, situada desde el nacimiento de los siglos sobre el monte, y tan bien fortificada, que nunca podrá arruinarse, no obstante todos los esfuerzos de los hijos de Babilonia?

La fé tuvo necesidad en sus principios de unas señales sensibles y poderosas para triunfar de la incredulidad: ¡Qué hombres aquellos hombres Apostólicos! Parece que exceden en prodigios á su Divino Maestro; hasta su sombra es poderosa. Perseguida la fé por los Emperadores, á quienes animaba contra ella un falso zelo del Paganismo, necesitó de valor y constancia para resistir al furor de las persecuciones; ¡pero qué heroes no se formó la gracia en aquellos siglos de sangre y fuego! ¡Qué valor y constancia no se vió en la edad mas tierna, y en el sexó

Tom. VII.

Ee

mas

mas fragil para desafiar á los Tiranos, y á los mas terribles tormentos! Se veía á los Christianos correr á los suplicios con mas ansia que los hombres mas sensuales á los placeres.

Finalmente, en tiempos mas tranquilos y remotos, entregada á la disputa de los hombres, asustada con los asaltos de la heregía, desfigurada con los estraños colores con que aún sus mismos hijos han querido manchar su hermosura, ha necesitado de unos hombres cuyos labios fuesen depositarios de la ciencia, de unos Doctores ilustrados, de unos nuevos Esdras que se dedicasen á buscar la ley con sencillez de corazon, y que despues de haber puesto en práctica sus preceptos y ordenanzas, pudiesen defenderse contra los enemigos de la fé, y enseñarla á los fieles segun toda su pureza. Tales fueron en todos los siglos los Basilio, los Hilarios, los Gerónimos, los Agustinos; y tal fue en los tiempos posteriores el Santo Doctor cuyo exemplo de vida intento hoy proponeros, dedicandome mas á esto que á ensalzar sus virtudes. Dispuso su corazon para buscar la ley del Señor; práctico y enseñó en Israel sus ordenes y preceptos. *Paravit cor suum, &c.* No hubo error que Tomás no impugnase, no hubo verdad que no probase, ni dudas que no aclarase; y mientras vivio halló la Iglesia en su persona un defensor invencible, que aún despues de muerto vive en sus escritos.

Pero para ceñirme á un determinado asunto, considerando á Santo Tomás como un grande Doctor, reduciré toda mi oracion á dos sencillas ideas, para las que hallo fundamento en el texto que me he propuesto, y que al mismo tiempo pueden servir de grande instruccion á los Ministros de la Iglesia. El estudio de la religion, que manifestandonos la verdad parece debiera inspirarnos el amor á ella, no dexa con todo eso de exponer la virtud á grandes peligros. ¿Qué escollos no se hallan en el estudio de esta ciencia, y qué pasos tan peligrosos en su prác-

práctica! Pero Santo Tomás se santificó estudiando la ciencia de la religion, y al mismo tiempo santificó el uso de este estudio: la virtud le sirvió de guia en el estudio de la ciencia de la religion; este será el primer punto: y el uso de esta ciencia le confirmó en la virtud; este será el segundo; es decir, que buscó la ley del Señor con la sencillez de su corazon, y que practicó y enseñó en Israel sus ordenes y preceptos: Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EN qué extremo de corrupcion se halla el hombre, Católicos! De las ruinas de su inocencia le quedaron, dice San Agustin, ciertas inclinaciones á la fama, á los placeres, y á la verdad, que son como las esperanzas de su restablecimiento; ¡pero ay! de estas felices reliquias de su antigua rectitud, forma los primeros desordenes de sus pasiones; y estos dichosos remedios, entre sus manos se convierten en tristes escollos.

¿Qué cosa mas digna del espíritu del hombre, que aquella ansia de saberlo todo, que le es tan natural? ¿Y qué cosa mas indigna de él, que el modo con que la satisface? Parece que son muy débiles los atractivos de la verdad; por sí sola nos mueve muy poco, y si no nos animan los fines de la fortuna y del interés, nos cansamos muy presto de buscarla. Este es el primer escollo, muy frecuente á todos aquellos que se aplican á las ciencias, tanto sagradas, como profanas. Por otra parte, cansado el entendimiento de hallar siempre los mismos objetos en el recinto de la fé, se halla en él como oprimido; salta las sagradas barreras, y con una curiosidad poco respetuosa, quiere entrar en un Santuario que debiera adorar desde lejos; este es otro escollo, todavia mas delicado que el primero; finalmente, agotando el estudio toda la aplicacion del alma, distrae el espíritu, seca el corazon, y apaga la devoción; tercer escollo,

por el que gemimos todos los días los que por razón de la santidad de nuestro estado debemos á la Iglesia el olor del buen exemplo, y la luz de la doctrina.

Santo Tomás en el estudio de las ciencias se propuso otros caminos mas seguros y christianos. Porque, primeramente, renunció todas las pretensiones con que le lisonjeaba su distinguido nacimiento, y el favor que gozaba su familia con el Emperador, y se valió del desprecio de la grandeza como de un grado para llegar á conseguir las ciencias: En segundo lugar; con un entendimiento el mas capaz que se ha visto, no se gobierna sino por ajenas instrucciones, besa las sagradas huellas de sus mayores, se contenta con valerse de las preciosas ruinas que halla esparcidas en sus obras; y pudiendo, como Moysés, hallar él mismo materiales para construir el Tabernáculo, se contenta, como Beselel, con juntarlos, y dárselos aquella hermosa disposicion que será en todos los siglos el encanto y las delicias de los Sabios; finalmente, atento siempre á resucitar la gracia de su vocacion, descansa de las fatigas de los estudios con la oracion, con el retiro y con mil mortificaciones. ¡O Dios mio! la gracia de vuestro espíritu le desata mas dificultades que todos los esfuerzos del entendimiento humano.

El primer escolló que se debe evitar son los fines de fortuna é intereses; aunque nacido de una de las mas ilustres familias de su país, se entrega el cuidado de la educacion de nuestro Santo á los Monges del célebre Monasterio de Monte Casino, costumbre muy antigua y muy apreciada de nuestros Padres. Me parece que estoy viendo á la hija de Faraon, que entrega á la madre de Moysés aquel hijo milagroso: *Accipe puerum*, le decia, *& nutri mihi.* (a) Criadle como corresponde á la grandeza á que le destino, y á la pompa y magnificencia de Egipto; pues los mismos eran los fines de la madre de nuestro Santo: porque como

(a) *Exod. 3: 9.*

muchas veces he dicho, casi siempre se decide de la suerte de los hijos, y se los dedica al mundo ó á Jesu-Christo, aún antes que se hallen en estado de conocer á uno ni á otro. Pero ¡ah Señor! ¡qué distintos eran vuestros fines! Vos le libertasteis de las aguas, como á Moysés, solamente para llevarle al desierto, para confiarle los intereses de vuestra ley, y para hacerle Doctor de vuestro pueblo.

Habia poco tiempo que el Orden de Santo Domingo habia empezado á aumentar el campo de Israel con una nueva Tribu. Los demas institutos que le habian precedido no eran, si es lícito decirlo así, mas que ensayos de la gracia; *initium aliquod creaturae ejus.* El plan de los antiguos fundadores que habian hecho florecer en Occidente la disciplina Monástica, era la oracion y las santas austeridades; pero en este nuevo Orden se juntaron la ciencia con la oracion, las funciones Apostolicas con el retiro, y el trabajo del espíritu con las mortificaciones del cuerpo. Salió Tomás del monte Casino, en donde las instrucciones y el exemplo de aquellos piadosos solitarios que habitaban en aquel santo monte, habian sustentado y hecho crecer las semillas de la virtud, que la gracia habia muy anticipadamente puesto en su alma. Habiendo llegado á Nápoles, oye hablar de los hijos de Santo Domingo; las maravillas que le cuentan mueven su curiosidad; los vé, é inmediatamente siente una secreta inclinacion á aquel nuevo Orden, y se determina á abrazarle: consulta, examina, se encomienda al Padre de las luces, y convencido de que Dios le llama á aquel estado, cerrando los ojos á todo quanto pudiera detenerle, pone en execucion su designio; es inutil que el Principe de este mundo le manifieste desde lejos sus reynos y toda su gloria, que el Infierno invente todos los días nuevos artificios para recobrar la presa, á la que parece le daban algun derecho los empeños de un nacimiento distinguido: Vos, Señor, fuisteis testigo de que, ni las lágrimas, ni las amenazas, ni los ardides de una madre, siempre ingeniosa en su dolor, ni el

poder de un Emperador, ni los asaltos que dieron á su inocencia, ni una triste y larga prision pudieron detenerle; nada quedó por hacer, para que nada faltase al mérito de su fé. Pero fueron vanos é inútiles todos los esfuerzos; los obstáculos que le opusieron solo sirvieron de inflamar mas sus ansias, y por último la consecucion de sus deseos fué corona de su perseverancia. Este fué el primer paso que dió Santo Tomás antes de empeñarse en la penosa carrera de las ciencias: no solamente no se edificó ideas de grandeza y fortuna, fundado en los progresos que en ellas habia de hacer; renuncia desde luego á la fortuna y á las grandezas presentes, para que ningun motivo extraño pueda distraerle en el estudio de la verdad.

¿Me he de atrever yo ¡ó Dios mio! á proponer al siglo un exemplo tan extraño? ¿Es cosa regular hoy el sepultar en los claustros las esperanzas de una lisonjera fortuna? ¡Ah! en el mundo toda la gloria de saber se reduce á proporcionarse por caminos de iniquidad los medios para la elevacion, y la mas sólida virtud se contenta con esperarla. Aún nosotros los Ministros del Señor, cuyos labios son depositarios de la ciencia, nos dedicamos al estudio, siguiendo los caminos de las pretensiones del siglo. ¿Qué es lo que nos dá ánimo en las penosas vigiliass? Un puesto que nos haga respetables en una Comunidad: una reputacion que nos haga estimados del mundo; una fortuna, que conseguida, será motivo de que se acabe el amor al trabajo y al estudio; ó finalmente una vana curiosidad, que al mismo tiempo que anima nuestras fatigas, amortigua nuestra fé.

El segundo escollo que deben temer los Sabios es el no poderse contener dentro de los estrechos límites de la fé; y aquí se me representa uno de los mas bellos pasages de la vida de nuestro Santo. La fé es una virtud cómoda para los talentos medianos; como su vista no alcanza mucho, le cuesta poco trabajo el creer; en este punto su mérito es un mérito puramente del corazon: no tienen ne-

ce-

cesidad de sacrificar aquellas luces particulares, que jamás han ilustrado su alma; y si la fé es para ellos sacrificio, es un sacrificio semejante al de Abrahám; en él se halla leña, fuego, amor y sencillez, pero no víctima: *Ecce ignis, & ligna, ubi est victima holocausti?* (a)

No sucede lo mismo á los talentos vastos y perspicaces; acostumbrados á ver con claridad aquellas verdades á que puede llegar el humano entendimiento, sufren con impaciencia la santa obscuridad de las que deben adorar. Habiendo gozado muchas veces el privilegio de entrar en el Santuario de la verdad, les cuesta repugnancia el no poder traspasar los sagrados límites que sirven como de barrera al Santuario de la fé; miran ciertos artículos con un religioso repeto, pero á otros los examinan y sondean; dicen que el pasar por impenetrables debe atribuirse á la ignorancia de nuestros padres; á esto se sigue un amor á la novedad que lisonjea, engaña, y vence; nos extraviarnos desgraciadamente, y nuestro error, como dice San Agustin, es nuestro Dios; nos olvidamos de que el impugnar un punto de la ley, es arruinar todo el edificio; en una palabra, queremos sufrir el yugo de la fe, pero nos le queremos imponer nosotros mismos, aligerarle, y moderarle á nuestro arbitrio; este ha sido regularmente el escollo de los grandes ingenios; los Annales de la religion nos han conservado la memoria de sus caídas, y casi no ha habido siglo que no haya sido famoso por alguno de estos tristes naufragios.

¿Qué gloria esta, Católicos, para Santo Tomás! dotado de todos aquellos grandes talentos que constituyen los hombres extraordinarios; de un entendimiento vasto, elevado, profundo y universal; de un juicio recto, puro y sólido; de una imaginativa hermosa, feliz y arreglada; y de una memoria inmensa; con qué respeto no presentó todas estas preciosas riquezas á los pies de los

(a) *Genes. 22. v. 7.*

los Doctores de la Iglesia, que le habian precedido? Sabía, ¡oh Dios mio! que vos habeis puesto límites á la extension del humano entendimiento, del mismo modo que al ímpetu de las olas del mar, y que así como este furioso elemento no puede romper sus invisibles diques, sin causar desordenes en el universo, tampoco el entendimiento del hombre puede pasar los términos que le habeis señalado, sin caer en unos desordenes tan funestos como deplorables.

Luego que salió de la escuela de Alberto Magno, se dexó ver en la Capital de Francia, y en la primera Universidad del mundo, ¡pero con qué aplausos! Su mérito pasma desde luego á aquellos Sabios, que atraídos de las liberalidades de nuestros Reyes, venian aquí desde todas las Provincias de Europa á pagar el tributo de su erudicion. Entre los Sabios se distinguió por lo sublime de su entendimiento, y por la abundancia de su doctrina, y se manifestó muy superior á ellos por el prudente y respetuoso modo con que trató los inefables Misterios de nuestra Santa Religion, sin permitir libertad á su entendimiento en aquellas materias, que solamente son objeto de la fé, y no de las disputas. Y así, Católicos, en su siglo hubo muy pocos Doctores en quienes no se hallasen algunas opiniones singulares, arrogantes, y que apenas se pueden excusar de censura; pero la doctrina de Santo Tomás siempre ha estado libre de toda sospecha, y nunca ha merecido sino elogios.

Con todo eso, Católicos, no se contentó con dedicarse al estudio de la religion, aunque la religion era el fin á que ordenaba todos los demás estudios; el de las ciencias profanas á que se aplicó despues, inspira muchas veces, por efecto de nuestra flaqueza, una especie de libertinage en el entendimiento, desgracia que es muy comun en este infeliz siglo. Como la razon se acostumbra á exâminar, vá perdiendo la costumbre de creer; para creer necesita violentarse; el sujetarse mucho á la obsu-

ri-

ridad de los Misterios, es lo mismo que descender del trono para entregarse al cautiverio; es despojarse como David de las señales de la dignidad Real, y caminar delante del Arca, pasando plaza de loco por Jesu-Christo; de esto provino el que los primeros Apologistas de la religion diesen unos nombres tan odiosos á la Filosofia de los antiguos. Tertuliano, extremado en todo, dice que es incompatible con el Evangelio, y que como otro Sanson, es temible aún despues que los Apostoles la encadenaron, y que todavia hace temblar, y aún casi que se arruine todo el edificio de la fé: *Concussio veritatis Philosophia*. De esto provenia aquel santo horror que tenían los primeros discípulos, los que en este punto conservaban preciosamente la memoria de los consejos de San Pablo, teniendo las sabias precauciones de aquel Apostol por prohibiciones expresas é irrevocables; aunque quiera decirse, que en este zelo hay alguna cosa que no es del todo conforme con la prudencia, lo cierto es que estos excesos son de grande edificación, y se fundan en la flaqueza del espíritu humano. ¡Ah! ¡Quanto debieramos desear que esta piadosa delicadeza volviera á introducirse en nuestro siglo! acaso la fé ganaria por una parte lo que por otra perdiesen las ciencias profanas; puede ser que la Francia tuviera menos sabios, pero en recompensa de esto la Iglesia tendria mas fieles.

Nuestro Santo, lejos de inficionarse en el estudio de las ciencias profanas, con aquel ayre malicioso que en ellas se respira, purifica sus raizes sospechosas, mezcla sus aguas corrompidas con las aguas vivas de la doctrina Evangélica, aumenta aquel sagrado rio, que corriendo de siglo en siglo desde el nacimiento de la Iglesia, vá á parar al seno del mismo Dios de donde habia salido; y con un nuevo artificio hace que la mentira sirva á la verdad, la Filosofia á la fé, la supersticion al verdadero culto, los despojos de Egipto á la construccion del Tabernáculo: en una palabra, consagra las armas de los Gi-

gantes al Templo del Señor, despues de haberse servido de ellas contra los mismos Filistéos.

¡Quántos espíritus perversos hay, que hasta en los mismos libros santos buscan materias para sus dudas, y fomento para su incredulidad! Pero la fé de Tomás aún en las mismas ciencias profanas adquiere nuevas fuerzas; y Aristóteles en sus manos se convierte en un Apologista de la religion.

¡Pero de qué proviene que nada padeciese la integridad de su fé en el comercio que tuvo con las ciencias profanas? Consiste en que la fé de este grande hombre no estaba fundada sobre arena movediza, sino sobre una piedra sólida; en que desconfiando siempre de las sentencias de los Autores profanos, las verdades de la fé eran la regla por donde juzgaba, y siempre estaba pronto á abandonar todo lo que no se ajustaba con esta regla infalible; en que cuidaba de fortalecer continuamente su fé con el estudio de los libros santos, y el de los Doctores de la Iglesia; la ley de Dios era para él, como para David, sus mas suaves delicias; se traga aquel Sagrado Volumen, le convierte en su propia sustancia, no deseando menos el edificarse, que instruirse; pero á los Autores profanos los lee con cautela y desconfianza, pues sabe que son hombres, y hombres expuestos á errar; las Divinas Escrituras las lee con una absoluta sumision, para acomodar á ellas su estilo y sus pensamientos, porque sabe que éstas son la palabra de un Dios y de un Dios verdadero, igualmente incapaz de engañar, que de ser engañado; si se dedica á manifestar sus mysterios, y á explicar sus dificultades, no tengais miedo de que intente proponer ideas propias suyas; no, Católicos, el entendimiento mas sublime de su siglo, y el mas autorizado para proponer sus conjeturas, siempre sigue el parecer ageno en la explicacion de los libros santos; recoge religiosamente en las obras de los antiguos Doctores, y en aquellas sagradas fuentes de la verdadera doctrina, los preciosos monumen-

tos de su espíritu; sin hacer caso de la gloria de inventor, gloria tan apetecible para los que se precian de sabios, dedica los mas excelentes talentos que jamás hubo, á juntar, á coordinar, á explicar, y á dar nueva fuerza con sus razones á lo que otros habian dicho antes que él. ¡Quién podrá alabar dignamente sus sabios y piadosos comentarios, monumentos eternos de su amor á las Divinas Escrituras! No obstante, los grandes progresos que despues de su siglo se han hecho en las lenguas, y en la Critica, todavía hallan en ellos que admirar, y que aprender aún los mas Doctos.

Pero no solamente quando se trata de aclarar las santas obscuridades de la Escritura manifiesta este religioso respeto á los antiguos Padres, sino que en todas sus obras la sentencia de éstos es la regla de la suya. Habiendose dedicado mas especialmente á los escritos del grande Agustino, exprimió todo su jugo, por decirlo así; dispuso con un orden muy arreglado aquel prodigioso cúmulo de riquezas esparcidas por todas las obras de aquel grande hombre; quitó á su doctrina todo aquel aparato de eloquencia que la cubre, y que algunas veces nos la oculta; y como otro Eliséo, aunque no heredó la capa de su Maestro, no dexó de heredar todo su espíritu. ¡Gran Dios! inspirad estos mismos pensamientos á todos los que tratan las verdades de la religion; sirva á todos de modelo nuestro Santo Doctor; aprendan todos de él, á usar de precauciones contra el peligroso veneno derramado en tantos libros, cuya leccion los disgusta de la sencillez de la palabra de Dios, y á no buscar la verdad sino en aquellas fuentes en donde Dios nos ha prometido que la hallaremos infaliblemente.

Pero lo que mas merece nuestra atencion en la vida de nuestro Santo Doctor, es el extremo cuidado con que procuró huir del ultimo escollo del estudio, que es la distraccion del espíritu, que seca el corazon, y quita á la piedad aquel fervor, sin el qual es difícil que podamos